



Manuela Taberero, 78 años.

Jorge Martínez-Pueyo, 21 años.

La fuerza de la palabra

La infancia de Manuela Taberero estuvo marcada desde el principio por la pobreza y la dureza de la vida en su familia. Con tan sólo 9 años, la segunda de 5 hermanos comenzó a trabajar hombro con hombro con su padre en el campo, además de ayudar a su madre en las labores del hogar.

Esto no hizo que Manuela despreciara los libros: por el contrario, encontraba un gran placer en aprender y aprovechaba al máximo todo lo que le ofrecían en la escuela, donde reconoce que no había mucho interés por enseñar. A pesar de lo adverso de las circunstancias, esta devoradora de libros no se dio por vencida y siempre ha buscado el lado positivo de las cosas. En tiempo de escardar, al acabar la dura jornada de trabajo en el campo, en lugar de caer rendida en la cama, Manuela se peinaba el pelo, se ponía unas medias, se calzaba sus zapatos de fiesta y acudía a la plaza de su pueblo natal: Caspueñas (Guadalajara.) Allí, unos mozos sacaban un pianillo y Manuela disfrutaba del baile y del canto (dos de sus muchas aficiones.)

La vida y el carácter de esta luchadora han estado marcados por la vivencia de grandes injusticias. Durante la Guerra Civil esta niña activa y optimista observó cambios en el pueblo: alguno de sus vecinos fueron encarcelados y vio cómo la vida de su humilde familia se encrudecía aún más bajo el fuerte peso del miedo y la incertidumbre. Recuerda cómo su madre guardaba toda la ropa buena que tenían en un gran saco por si un día se veían obligados a huir de su hogar: así vivió Manuela desde los 8 hasta los 11 años.

Son muchos los recuerdos que guarda en la memoria de aquellos difíciles momentos, pero confiesa que el que más le marcó fue la historia de un vecino muy amigo de sus padres, que se quedó viudo durante la Guerra. Tuvo que hacerse cargo en la soledad repentina de tres hijos pequeños, con 9 años el mayor. Él era mutilado de guerra, por lo que andaba con mucha dificultad con la ayuda de una pierna ortopédica. Al finalizar la Guerra e instaurarse el Régimen, le retiraron la paga que tenía por su minusvalía como castigo por haberse mostrado contrario a Franco, dejándole en una gran pobreza que le obligó a vender su única pertenencia: su humilde casa y así poder alimentar a sus hijitos durante un tiempo al menos.

Los padres de Manuela consiguieron ahorrar una generosa cantidad de dinero para poder sobrevivir al acabar la Guerra. Cuál fue su sorpresa cuando les comunicaron que su dinero no era válido ya que Caspueñas pertenecía a la zona roja. Todas estas vivencias dejaron en su conciencia un fuerte dolor.

Además, la ya precaria enseñanza escolar de Manuela empezó a hacerse cada vez más difícil de continuar y el final de su formación fue a los 7 años (7 años antes de lo que ella hubiera soñado.) Atrás quedaban los días en los que gozaba compitiendo contra sus compañeros de colegio en un concurso planteado por el profesor donde quien más sabía acerca de las materias, ganaba. Ella dejaba boquiabierto al maestro al preguntarles a sus contrincantes la definición de fuego o circunferencia; teoría que hoy en día sigue recordando mejor que en aquel momento. Aunque modesta, reconoce que varias veces ganó en este concurso y otras muchas se clasificó entre las tres primeras.



Ella duda de cómo habría rendido como estudiante avanzada ya que no se considera excepcionalmente inteligente sino dice que simplemente goza de una buena memoria. Sea como sea, lamenta mucho no haber podido explotar al máximo sus capacidades y siente una gran impotencia al no haber sido capaz de evitar este hecho por culpa de todas las dificultades que desde fuera recibió y que tanto le costó entender.

Aún hoy no se explica lo absurdo de las guerras y reflexiona que la raíz de todas ellas son la ambición y el egoísmo. Como respuesta a la rabia que le provocan, Manuela empuña un arma, para ella, más poderosa que el odio y la violencia: la palabra. Comenzó a escribir con 18 años y, desde entonces, ha leído innumerables poesías, novelas y libros de todo tipo que le han aportado un amplio dominio del verso que no vacila en compartir con sus amigos:

Es tan bonito soñar,
si hay quien tus penas alivia,
que soñando siempre así
mi vida pasaría.

En su lucha por la felicidad encontró un gran aliado: el amor que conoció gracias a su marido, al que se entregó en cuerpo y alma. Del brazo de Eugenio vivió una rutina más desahogada y saboreó los mejores momentos de su vida. Junto con él consiguió el tesoro más valioso que ha tenido: sus dos hijos Merche y Juan Manuel. Reconoce orgullosa que todo el que le conocía decía que se trataba de una persona con un gran corazón. Su suegra; la madre de Manuela, le confesó en una ocasión que le quería casi tanto como a ella; su propia hija. Siempre preocupado de ayudar a los demás, cuidaba a su suegro como si de su padre se tratara, creando cierta confusión entre la gente que les veía al preguntarse si Eugenio era su yerno o su hijo.

Eugenio era un hombre pacífico y trabajador que también sufrió la sequedad de la injusticia. Con sólo 10 años, el sin sentido de la Guerra provocó que tuviera que separarse de su padre cuando le mandaron a éste a un campo de concentración una vez finalizada la contienda.

El 24 de Febrero de 1991 Manuela acompañó a su marido al médico por un extraño dolor que sufría en el pecho. El doctor ni siquiera le tomó el pulso ya que argumentó que no tenía ninguna importancia. Un mes después, ingresaba por diagnóstico de neumonía grave que acabó con su vida a las pocas semanas y les separó para siempre tras 30 años de feliz convivencia. Si el médico hubiera mostrado algo más de interés quizá esta fuerte mujer habría disfrutado, al menos un breve espacio de tiempo más, de su amadísimo esposo. Una vez más, la injusticia y el dolor irrumpía en la vida de nuestra protagonista provocando un vacío que nunca podría llenar:

Qué feliz me sentí en ese instante,
mi cabeza en tu pecho apoyaba,
la amargura me vino después,
cuando supe que sólo soñaba.

Unos meses después, la Comunidad de Madrid decidió expropiar 5 viviendas que Manuela poseía en el madrileño barrio de La Ventilla, para construir allí unos grandes bloques de viviendas modernas. Sólo recibió por todas ellas la mísera cantidad de 10 millones de las antiguas pesetas y perdió así la oportunidad de que sus dos hijos vivieran en esas casas o de que pudieran conseguir una mayor rentabilidad. Otra injusticia y no la última que ha tenido que sufrir esta corredora de obstáculos.



No puede evitar compararse con otros vecinos suyos, que habitaban otras de las casas que iban a derribar. A ellos les dieron en compensación unos pisos con una renta increíblemente baja y con todo tipo de comodidades para realizar la mudanza etc. Unos años atrás, Manuela junto con su todavía en vida marido, quisieron hacer una aportación al Ayuntamiento de esos pisos, pero éste se negó.

Ha conseguido superar el rencor mediante el amor y no se ha conformado con vivir los acontecimientos tal como le han sido impuestos sino que los ha transformado en fuente de experiencia:

Mas hay algo de bueno en todo esto
es la experiencia que la vida nos va dando,
hay cosas que en los libros no se aprenden
y se aprenden con el paso de los años.

Su escritura es un acto de desahogo. No escribe con las manos; escribe con el corazón; solamente cuando se siente triste; cuando siente que la codicia ha ganado al perdón. Cuando parece que el mundo no tiene solución, Manuela coge el bolígrafo y combate el orden mortal de las cosas mediante la exaltación de lo bello de la vida.

Todos los reveses de su vida no han sido suficientes para apagar en ella el fuego que ha tenido desde joven y las ansias por ir más allá; por alcanzar nuevas metas. Sigue persiguiendo aquellos pequeños detalles que hacen de la vida algo digno de ser vivido y no ha perdido ni un ápice de su esperanza y tesón.

Lo importante de la vida

Después de sus 74 años, Manuela tiene muy claro cuáles son las cosas que realmente importan en la vida. El cáncer de la sociedad contemporánea lo explica en la presencia de una gran codicia; de una ambición desmesurada por tener siempre más y de esta lucha por ganar y por conquistar donde no importa a quién te llesves por delante.

Frente a esto, ella sueña con un mundo reinado por la paz; un mundo formado por personas que posean un corazón lleno de caridad y falto de envidia y entre las que exista una convivencia cordial y un respeto que esté por encima de cualquier deseo de posesión.

Más allá del respeto, la concordia y la paz, lo fundamental para ella en la vida han sido y son sus dos hijos: Merche y Juan Manuel y defiende que la familia es lo que realmente ha llenado de significado su existencia y le ha dado fuerzas para seguir adelante a pesar de todas las dificultades. Cree que "mil vidas que tuviera las daría" por sus hijos. Ellos son la mejor herencia que su esposo le dejó:

En mi pequeño jardín sólo han crecido dos flores
una rosa y un clavel, que son mis grandes amores,

desde el día en que nacieron con cariño les cuidé,
eran capullitos tiernos y se podían romper,

han pasado muchos años pero yo sigo pensando
que necesitan de mí; de mi cariño y cuidados.



Le duele que sus hijos no hayan formado su propia familia porque cree que así serían muy felices pero reconoce que, de esa manera, ha conseguido que ahora vivan los dos con ella y le acompañen en sus quehaceres de todos los días. Ella querría no separarse nunca de ellos porque les sigue viendo como dos bebés que necesitan de sus cuidados pero comprueba que ya se han hecho mayores y que no les agrada demasiado que su madre se siga preocupando de que no cojan frío o de que no lleguen muy tarde a casa.

A veces recapacito y digo: " pobre infeliz,
si tú necesitas de ellos mucho más que ellos de ti."

Me siento muy orgullosa por su honradez y bondad,
por su noble proceder y su gran humanidad.